

RAZON Y FE

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

La formación profesional del médico

Publicado en el número

de

NOVIEMBRE 1943

Redacción: Pablo Aranda, 5 - Madrid (6)

Administración: Ediciones "FAX", Pl. de Sto. Domingo, 13.- Madrid.

La formación profesional del médico

A decir verdad, son muchas veces obscuras las determinaciones que nos impulsan a elegir una profesión. Otras, en lugar de obscuras, nos han de parecer más bien banales: de estos casos se trata cuando sólo es el brillo externo de la misma, el éxito social lo que nos seduce y arrastra. Convendría — ciertamente — poder elegir profesión con cautela y cuidado. Con un conocimiento de la misma y de nuestras posibilidades de inteligencia y carácter para ejercerla. Pero fuerza es confesar que esto es un deseo raras veces logrado.

No es fácil adquirir una idea del ser de una profesión si no es viviéndola. Es entonces, más que en su fase preparatoria, cuando se nos revela en toda su complejidad. Cuando nos encanta y nos preocupa. La profesión de médico, por otra parte, exige tanto de la actuación del hombre, que no puede éste entregarle solamente un estrato intelectual, sino todo el resto de su personalidad.

El médico tiene—por propia naturaleza—una posición bifronte: por un lado ha de ser un científico, y por otro, ha de poseer aquella técnica o arte que le permita conducir al enfermo a buen puerto. Tan es así, que en algunos países existen palabras distintas para designar al médico, según se ocupe preferentemente de una u otra de aquellas actividades. En Alemania se llama *Mediziner* al que especialmente se halla vocado a la investigación y al cultivo de la Medicina como ciencia, y *Artz*, al que se siente sobre todo llamado a curar a los enfermos.

La Medicina fué, en su más primaria raíz, lo segundo. La engendró ese impulso de ayudar al enfermo. En esta forma, la Medicina ha existido desde siempre, y el curandero o mago de los pueblos primitivos es ya su representante. Pero el impulso no basta. El hombre no es un ser que sólo posea instintos, sino que por cima de ellos se hallan otros principios superiores, a los que se debe entregar.

La Medicina, pues, se acercó a la ciencia para extraer de ella cuanto le fuese útil en su tarea. Se acercó y se sigue siempre acercando, volviendo con un bulto mayor o menor, según los tiempos. Por esta necesidad de aproximación a las fuentes de la cultura, la Medicina se halla siempre en relación subsidiaria con los conocimientos y teorías de la época. No hay que creer que el cuerpo de las doctrinas médicas es un organismo estático e independiente.

Cuando el estudiante se asoma a él a través de la anatomía, de la fisiología o de la química biológica, se siente sorprendido por la aparente firmeza y seguridad de sus conocimientos. Y, sin embargo, para que esta no le perturbe, bueno será que sepa que se halla sobre un terreno movedizo y cambiante. La medicina griega era un puro reflejo de su filosofía. El principio de la armonía, que le servía en su interpretación del mundo, lo trasladaba a la concepción de salud y enfermedad. En ésta se perturbaba el equilibrio de los humores—la *crasis*—, y a él había que volver para tener un hombre sano. Si no se conseguía, si seguía enfermo—enfermos crónicos o incurables—, ya dejaba de interesar al médico. Hipócrates aconsejaba no ocuparse de los enfermos crónicos.

Por ellos vuelve a interesarse la Medicina cuando el mundo antiguo se hace cristiano. No es, pues, un impulso científico el que lleva al médico de entonces al enfermo, sino la caridad cristiana. Pero de esta suerte se obtiene una ganancia fundamental para la Medicina científica. A mi modo de ver, éste es un hecho sobre el que no se ha insistido bastante. Todos los progresos técnicos y científicos de la Medicina actual derivan—en principio—de haberse interesado por los enfermos crónicos. El médico griego, aun dotado de las técnicas actuales, no hubiera resuelto los intrincados problemas de la Medicina actual, sencillamente porque no se los habría planteado. Este hecho histórico constituye la gran lección para el médico de todos los tiempos: sentir nacer en él impulso de ayudar a los más necesitados, y transformar su impulso en afán de desvelar problemas, de adquirir conocimientos. En la vida no hay que buscar lo fácil, so pena de caer en la anulación de la propia personalidad.

El auge de la Medicina moderna se hace a la par que el de las ciencias de la naturaleza. La Medicina se torna positiva en el último siglo. No es éste el lugar de exponer—se ha hecho con reiteración en los últimos tiempos—la evolución del pensamiento científico desde el Renaci-

miento hasta nuestros días. Aquí sólo importa señalar que la curva de la Medicina ha sido pareja.

Sería torpe e insensato negar el valor de las aportaciones realizadas. Basta comparar el arsenal de posibilidades del médico actual con el que poseía Paraceiso, para sentirnos estupefactos ante el camino recorrido. Las etapas decisivas se emprendieron cuando el médico se aproximó al hombre enfermo con el mismo criterio del naturalista. Seleccionó hechos morbosos y luego los clasificó. Con Sydenham nace la nosología moderna. Luego, ya no bastó el simple conocimiento de los hechos que espontáneamente ofrecía la enfermedad, sino que era necesario intervenir en ellos y experimentar. Claudio Bernard representa un hito decisivo de esta nueva etapa.

Y he aquí cómo, en la formación del médico, es necesario e imprescindible cubrir esas etapas. Conocimiento natural del hombre sano y enfermo. Esto es lo que se estudia en las Facultades. Biología, Química, Anatomía, Fisiología. Después, ya el estudiante penetra en la clínica. Ya no es la estructura muerta que se encuentra en la sala de disección, o el animal del laboratorio de fisiología, sino el enfermo con su enfermedad. Es inevitable que en sus primeros pasos en la clínica proceda con el mismo cuidado de observador objetivo. Ver, ver siempre lo que pasa. Comprobarlo. Medirlo exactamente cuando sea posible.

Los pasos previos de los estudios no son nada, todavía, específicamente médico. Se puede ser un estupendo fisiólogo, un maravilloso anatómico o un genial histólogo, como se es un eminente zoólogo o botánico. El médico se hace después, en la clínica.

La clínica tiene sustantividad propia. La tiene, porque posee sus problemas, sus métodos de atacarlos, sus técnicas de analizarlos. La clínica actual se ha hecho, además, tan compleja, que de ella ha surgido la necesidad de las especializaciones. No existe hombre capaz de poseer todas las técnicas de la Medicina moderna; y aunque las poseyere, no las podría utilizar.

La enseñanza clínica adquiere en algunas partes un relieve especial. Pero, sea cualquiera el método de enseñanza que se emplee, lo fundamental, a mi juicio, es el maestro. La enfermedad es siempre un conjunto enigmático que hay que descifrar. Ante cada enfermo es necesario realizar una operación intelectual de alto bordo. El que no lo haga y se limite a buscar en el encasillado de sus recuerdos, más o menos librescos, un cuadro parecido al que tiene delante, no es un verdadero médico. La indi-

vidualidad del ser humano no se pierde porque se ponga enfermo. De ahí la ineludible necesidad del gran maestro, que más que una serie de conocimientos, enseña a plantear problemas, a pensar con ingenua libertad ante aquel entresijo patológico que se tiene delante.

Antes hemos dicho que la inmensa variedad de técnicas ha forzado a la especialización. Pero no sólo las técnicas, sino también el acúmulo de conocimientos. La Medicina actual es una especie de gigantomaquia en la que podemos ser anulados. Yo siempre recuerdo las palabras de Liek, el gran cirujano, cuando pasaba revista a lo que él debería leerse si quería conocer todo lo que se publica de su especialidad. La lista era monstruosa. Lo mismo ocurre con cualquier otra. La jornada entera dedicada a la lectura, no basta. Y, entonces, ¿qué hacer? ¡Ah! Muy sencillo: renunciar. Pero—se me dirá— ¿renunciar a qué? A lo estéril, a lo trivial. La Medicina jamás es profesión de eruditos.

He aquí, pues, planteada por las exigencias cotidianas de la vida práctica una necesidad que, si la hubiésemos formulado de otra manera, hubiese parecido pedantesca afirmación de teórico. El médico necesita, tanto como aprender unas técnicas y adquirir unos conocimientos, *forjar una mente*, es decir, poner su aparato intelectual en condiciones de saber siempre captar lo esencial de los hechos. Esta es la característica formal más precisa del acto intelectual: ver, en la manigua de la realidad de los hechos o de las ideas, lo que es categórico y separarlo de lo que es anecdótico. En definitiva, se trata del eterno problema de la educación de la inteligencia, por el que el médico ha de esforzarse como cualquier otro profesional. El constante adentramiento en las obras del espíritu humano, es la única vía posible para realizarlo.

He sostenido con reiteración el criterio de que la formación del médico se ha de hacer en tres fases: la primera, estudiando aquellos conocimientos naturales que le son imprescindibles para la clínica; la segunda, en la clínica misma. Realmente estas dos son las que comprenden lo que llaman estudios de la carrera de Medicina. Pero no bastan. Con ellos todavía no se ha dejado de ser estudiante. Es necesaria una tercera. El médico lo es en el preciso momento en que se coloca ante un enfermo con plena libertad de actuación; por consiguiente, con plena responsabilidad. Un error en la conducta puede ser peligroso y hasta fatal. ¿Es o no grave el trance? ¿Se puede pasar de la absoluta irresponsabilidad de la vida goliar-

desca, entre bisturíes, libros, blusas blancas y anécdotas de hospital, a este trance, tan lleno de gravedad y grandeza, sin ninguna transición?

El hecho de que así no pueda ser lo demuestra la realidad. Unos estudiantes, al acabar sus estudios, se agregan voluntaria y costosamente a una clínica, donde emprenden sus primeras armas médicas. Otros, lo hacen todavía antes de terminar, con evidente merma de su formación intelectual y técnica, pues, a la fuerza, descuidan otros sectores de su formación médica. El problema se resolvería con mayor elegancia y eficacia introduciendo el año de internado obligatorio, al terminar los estudios, en diversas clínicas y hospitales. Todo estudiante empezaría allí su actuación con una cierta libertad e independencia, pero todavía bajo la tutela del maestro o jefe de la clínica. Es allí cuando su personalidad llegaría a cristalizar en un médico auténtico.

Se habla mucho de crisis de la Medicina actual. La crisis no se refiere a los aspectos sociales de la misma—aunque también por aquí empieza a ventear—, sino a sus propios fundamentos. La Medicina moderna, hija de la ciencia positiva, al par de sus conocimientos tomó de ella su creencia en el progreso indefinido. A medida que aumentasen los conocimientos, disminuirían sus problemas. Pero esto no es así: los conocimientos crecen incesantemente, pero hay una incógnita que permanece y permanecerá. La vida lleva, unas veces lenta, otras apresuradamente, hacia su contrario: la muerte. ¡Qué vivencia más tremenda siempre, la del médico, cuando “su enfermo” va a trasponer los umbrales de este mundo! Quirófanos impolutos, ríos de suero, quimioterapia genial: ¡todo inútil! Está ante un límite infranqueable.

La Medicina positiva se equivocó creyendo en el progreso indefinido. Pero esta vivencia, más amortiguada, se repite ante el enfermo crónico, que constituye el gran contingente de los enfermos.

Esta noción de límite es la que ha puesto en crisis la Medicina moderna. Y le ha obligado a un cambio de rumbo. El médico actual ha sentido con un especial estremecimiento que se había olvidado, gracias a su optimismo positivista, de que la enfermedad no es sólo un hecho natural, sino un suceso histórico. Es un proceso que acaece en el hombre, y éste no es un puro ser natural. Viejas verdades han vuelto a ser descubiertas, y desde ángulos bien distante, por cierto. Han sido algunos cirujanos—hombres de acción, por consiguiente—los que se

han percatado primeramente de que el ser humano resulta de la unión del cuerpo y del alma. No de una unión yuxtapuesta, como las piezas de un mosaico, sino de una profunda y reveladora unión substancial.

Vemos, pues, por qué extraño—pero ineludible—periplo vuelve a tener urgente actualidad el problema del médico católico. Los hombres de mi generación apenas hubieran podido sospecharlo al comenzar nuestros estudios. En la Facultad de Medicina donde yo estudié había en una escalera central, y como presidiendo emblemáticamente el edificio, un medallón de Carlos Darwin. Nuestra educación se hacía bajo sus manes protectores. Mi inquietud juvenil se rebelaba contra ellos. ¿Por qué no mejor Hipócrates, Arnaldo de Vilanova o Laennec? ¿Por qué no otro nombre glorioso, de tantos como tiene la Medicina? Y el caso es que aquel hospital existía allí porque una vez un fraile mercedario tocó al corazón de los ricos-hombres de la ciudad, allá por el siglo XVI, y les impulsó a recogerlos y cuidarlos con espíritu de cristiana caridad.

No importaba la historia. Estábamos en pleno positivismo. Europa no lo estaba ya y la cultura emprendía nuevas navegaciones. Pero allí, en aquella Facultad, no había ni barruntos de ello. ¿Es extraño que los profesionales médicos españoles se hayan distinguido por su escepticismo religioso? Carlo Zawisch, que acaba de publicar un libro sobre la formación del médico católico, cuenta en él una anécdota que figura, seguramente, en el acervo de millares de nuestros colegas. Era en el primer año de sus estudios en la Facultad de Medicina. “Yo no me contentaba con asistir a los cursos; yo leía, leía gran cantidad de cosas, las devoraba. Pero sobrevino la guerra y tenía que ganar mi vida. Yo era institutriz en una familia de la alta aristocracia austríaca. La abuela de los niños, una princesa X... se sentía de tal manera superior que jamás me hubiera tendido su mano. Sin embargo, un día, me preguntó: “¿No tiene usted miedo de perder su fe en los estudios?” Mi respuesta fué tan breve como viva: “Nada de eso, señora”. Esto no les ocurrió, desgraciadamente, a otros muchos.

Pero los vientos han cambiado de cuadrante. Ya no hay temor a esa dehiscencia. Al contrario, quien tenga una concepción cristiana del mundo y de la persona humana se halla mejor dotado para alcanzar grados extraordinarios de perfección profesional, que el que se halla desprovisto de ella. Los jóvenes pueden emprender con audacia confiada el camino. Su trabajo ardiente será recompensa-

do. Pero, en plena tarea, en la danza terrible e implacable de análisis, operaciones y reconocimientos de todos los días, ante el enfermo terebrado por el dolor o ante aquel otro que le mira con ojos agradecidos por haberle liberado de él, no olvidará jamás las palabras de San Pablo a los Corintios: "...y si yo no tengo caridad, no soy nada".

JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR.

Catedrático de Medicina.

Prof. del Instituto Cajal, de Madrid.